

Artistas...

GLORIA MERINO



Gloria Merino firmando en el Libro de Oro del Hotel de Ville en el día de entrega de la Medalla «Villa de París», año de 1963.



Al hilo de un comentario crítico publicado en 1970, Julián Castedo Moya apuntaba certera y lúcida-mente: «Es imposible disociar Cambray de Proust. Al parecer, Gloria Merino y Malagón son también inseparables». Así es porque, a semejanza de la curiosa y compleja relación del novelista con la ciudad de su niñez y juventud, Malagón —y por extensión toda esa parte de la Mancha que lo rodea— antes de proveer a Gloria Merino de temas con sus tierras, sus casas y sus plazas, sus gentes y su luz, ha actuado como impulso motor, como constante acicate, como fuente, siempre renovada y siempre igual, tanto en los comienzos como en el desarrollo de su vocación y su carrera artística. Y en justo intercambio, Gloria Merino ha recreado Malagón en el arte; lo ha fijado para siempre, en su espíritu y su realidad visible, haciéndolo protagonista de una obra pictórica tan valiosa por sí misma, como cabal reflejo de lo que es la auténtica Mancha.

Ya en los primeros años de su niñez, Gloria Merino tomó conciencia de los tres formidables elementos de la realidad manchega que tan decisivo papel iban a jugar posteriormente en su arte. En primer lugar, la luz, la luz fulgente que dora los campos y moldea con las sombras los volúmenes, hiere la cal de las paredes y, arriba, se enseñorea del cielo. También el color; mejor aún: los colores. Ocreos brillantes, rojos, bermellones de las tierras, alternando con los oros pálidos de las mieses, el blanco de los caseríos y los mil tonos de verdes al azar de las estaciones. Y, como último y decisivo elemento, la vida y el hombre sobre este medio que ya de por sí arrebató la atención del artista. El hombre, su obra y todo lo que cuida o cultiva: el carro y las mulas, la fuente en la plaza, el fresco zaguán o portalón y sobre todo las viejas cuchicheantes, las niñas que brincan o el arriero que cuida sus mulas. Eso fue el marco maravilloso en su sencillez y su cotidianeidad que rodeó los primeros años decisivos en la formación de una personalidad y en el despertar de una vocación. No, no es posible disociar a Gloria Merino de Malagón, o a Malagón de Gloria Merino, sin riesgo de cercenamiento de algo que ya nos parece casi consustancial en ambos. Lo manchego, en muy diversas vertientes es, por tanto, la piedra angular de la pintura de Gloria Merino.

Pero este fundamento básico precisa de unos materiales que asienten